

## CARÁCTER ESCATOLÓGICO DEL REINO DE DIOS

La separación definitiva entre los pertenecientes al reino de Dios y los siervos del imperio de Satanás se hará al final de la historia. La mayoría de los textos neotestamentarios se refieren al reino de Dios del futuro (véase, por ejemplo, Mt. 5, 20; 7, 21; 18, 3; 19, 23; 21, 31; 22, 12; 23, 13; 25, 10. 21. 32, Mc. 9 47; lo. 3, 5). Se ve con especial claridad en los textos que hablan de pedir la venida del reino de Dios (Mt. 6, 10), que dan una visión del banquete escatológico (Mt. 8, 11, 22, 2-10. 1113; 25, 1-2; Mc. 14, 25; Lc. 14, 16-24; 22, 30), en los que el reino de Dios es equiparado a la bienaventuranza (Mt. 5, 3-10 19; 13, 43; Lc. 12, 32. 37) o, según los cuales, el reino de Dios irrumpe con la parusía y causa el juicio o la división de buenos y malos (Mc. 9, 1; Mt. 16, 28; 13, 30-50; 25, 31-46). Hasta esa hora la historia humana se llena con la lucha entre el reino de Dios y el reino del demonio.

Esa lucha es el verdadero tema de la historia universal. Aunque en primer plano se trate de la posesión de países, de cuestiones económicas y división de poderes, en el fondo se trata siempre de la decisión entre Dios y el diablo. El reino de Dios apareció y se hizo presente en Cristo; pero no logró en El la figura definitiva prometida. Esta es todavía oculta. Está velada por el poder del pecado y por las formas caducas del mundo (Rom. 12, 2; I Cor. 1-20; 2, 6. 8; 3, 18; 11 Cor. 4, 4; Gal. 1, 4). Su estado oculto será, sin embargo, hecho público algún día. Debido a su ocultamiento, el reino de Dios parece durante esta época del mundo impotente y desvalido (Phil. 2, 6). Dios se despojó de su poder al entrar en la historia humana. Ante las puertas de la historia humana depuso su poder, en cierto modo, para que los hombres no fueran fascinados ni violentados por él, sino que pudieran llegar a un acuerdo con Dios del modo correspondiente a su libertad y dignidad. Sin embargo, esto tiene por consecuencia que los hombres puedan rebelarse contra el reino de Dios, y que tal reino pueda convertírseles en escándalo (/Mt/11/06).

Esta posibilidad humana alcanza su extremo más terrible en la muerte de Aquel en quien apareció el reino de Dios. Sin embargo, llegará la hora en que el reino de Dios se revele como lo único poderoso.

Entonces se tendrán que inclinar todos ante él.

Sin embargo, no es una mera realidad futura. No es una realidad exclusivamente escatológica. Penetra ya en el presente. Quien tenga buenos ojos, fe, puede verlo ya. Y lo mismo que su invisibilidad no es absoluta, tampoco lo es su impotencia. No es plenamente desvalido, ya que demuestra su fuerza en los milagros, en la proclamación de la palabra y en las manifestaciones del espíritu. El ocultamiento del reino de Dios implica, por tanto, visibilidad e invisibilidad, impotencia y poder al mismo tiempo. Es invisible para los ojos que sólo pueden ver lo terreno. No es visible, en efecto, como las cosas de este mundo. No es poderoso como los poderosos de la tierra. Su visibilidad y su poder están en otro plano y se extienden a otra dimensión. El reino de Dios es visible e invisible lo mismo que la gloria de Cristo es visible e invisible. Es visible para los ojos del creyente, pero invisible para los ojos del incrédulo (1 Jn 1, 1-4). La comunidad de destino tiene su fundamento entre Cristo y el reino de Dios. Los hombres que viven en la época del reino de Dios ocultamente venido son dichosos. A ellos les es concedido lo que las generaciones anteriores anhelaron y no alcanzaron. "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros véis, porque yo os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros véis y no lo vieron, y oír lo que oís Y no lo oyeron" (/Lc/10/23 y sig.; /Mt/13/16 y sigs.). En Cristo mismo llegó el reino. Ahora está en medio del mundo (Lc. 17, 20 y sigs.). En sus palabras se hizo posible de oír y en sus milagros se hizo visible (Mt. 11, 2-6; 12, 28). Las parábolas de Cristo revelan y atestiguan su origen, su ser y su destino (Mt 13 1-50). Su origen es Dios, que lo instaure sobre la tierra, de modo parecido a como el sembrador esparce las semillas en el campo. Por unos es aceptado y por otros rechazado. Por eso mientras dura este eón existe

junto con él el reinado del mal. En los milagros se hace manifiesto que ha venido el reino salvador de Dios. A la pregunta que Juan Bautista dirige a Cristo desde la cárcel, de si es El el que trae el reino de Dios, contesta Jesús indicando que se han cumplido las profecías que Isaías (35, 5 y sig.; 61, 1) hizo sobre el estado del reino de Dios: los ciegos ven, los paralíticos andan, los leprosos se curan, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres oyen el Evangelio (/Mt/11/01-07; cfr. /Lc/07/18-35). Si El expulsa a los diablos con el espíritu de Dios, el reino de Dios ha llegado ya (Mt. 12, 28). Por tanto, está ya ahí. Se puede verlo y entrar en su gloria. Ciertamente que para ello se necesita un gran esfuerzo (Mt. 11, 8-19). La época de los profetas, que encontró su mayor representante en Juan, ha pasado ya: el cumplimiento ha llegado (Mt. 11, 14; cfr. también Mt. 12, 22; Lc. 11, 20). Como ha irrumpido la época del reino de Dios, está presente ya el tiempo de la gracia y de la verdad (Io. 1, 17), en el que se da a los que tienen hambre y sed el verdadero pan (Io. 6, 27) y el agua viva (Io. 4, 10. 14).

La época del reino de Dios es la época de la nueva creación. Por la muerte y resurrección de Cristo se ha hecho ya creación nueva (II Cor. 5, 17, Gal. 6, 15; Col. 3, 9; 1, 12-14), y en ella impera Cristo (I Cor. 15, 24 y sig.).

Todos estos textos atestiguan que el reino de Dios, según el NT, está ya presente en este eón, porque ha sido instaurado por Cristo. Es un error, por tanto, el afirmar, con los partidarios de la llamada escuela escatologista (especialmente J. Weiss, A. Loisy y A. Schweitzer), que, según el NT, el reino de Dios es exclusivamente escatológico. Que no existe en este eón; que ni siquiera penetra en él. Pero que está junto a las mismas puertas (textos que expresan una esperanza próxima). Se apoyan en los textos neotestamentarios que enseñan el carácter futuro del reino de Dios. En realidad, son la mayoría de los textos neotestamentarios los que predicán el reino de

Dios como una magnitud futura (por ejemplo Mt. 6, 10; 10, 23; 16, 28; 23, 36; 24, 34; 26, 64). Pero si no se quiere hacer que la escritura se contradiga a sí misma, hay que interpretar de un estado distinto del reino de Dios los textos que hablan del reino de Dios presente y los que hablan de su carácter futuro. Los primeros se refieren al reino de Dios oculto en la debilidad de lo terreno, los últimos al mismo reino revelado en el esplendor de lo celestial. El estado del reino de Dios existente mientras dura este eón será transformado por el poder de Dios en un estado patente y manifiesto (Mt. 5, 11; 6, 20; 10, 5 y sig.; 13, 24 y sigs.; 19, 29; 25, 46; Lc. 3, 15; 4, 14. 36; 5, 24; 6, 27. 58; 7 38- 14, 3 12 y sigs.; 17, 3. 15-26, 11 Cor. 1, 22; 5, 5; 15, 20. 23-26, I Hebr. 1, 3. 23; 2, 2. 24; Sant. 1, 21; 2, 5. 8; 5, 8). El acento de los testimonios neotestamentarios sobre el reino de Dios recae ciertamente sobre su figura futura. Sin embargo, también sería falso, por otra parte, suponer que el reino de Dios se ha cumplido ya, según el testimonio de la Escritura, dentro de este eón. La Escritura no conoce ninguna "escatología cumplida" (C. H. Dodd).

Debido a su relativo ocultamiento, debido a su relativa debilidad e impotencia se puede no ver el reino de Dios ya presente. Se necesita incluso gran atención y esfuerzo para verlo. Cristo llama bienaventurados a quienes lo ven (Mat. 11, 6). Desde el principio acentuó Cristo el carácter de debilidad y ocultamiento del reino para que los bienintencionados no se equivocaran si echaban de menos en el reino de Dios el esplendor y el poder. Para la mirada que se mantiene en lo externo, Cristo fracasó cuando quiso instituir el reino de Dios.

Con el reino de Dios ocurre como con Cristo mismo. Del mismo modo que en Cristo se hizo sin duda presente en la historia la gloria de Dios, pero sólo visible para los ojos de los creyentes (Jn. 1, 14; 1 Jn 1, 1-3), porque estaba velado en la debilidad de la carne, también el reino de Dios está presente desde la vida, muerte y resurrección de Cristo, pero está todavía velado por las formas de este eón. Lo que salta a primer plano ahora no es el reino de Dios, que es reino de amor, sino el reino del pecado y del demonio, del odio y del dinero. Lo que ahora experimentamos inmediatamente en el mundo y en nosotros mismos no es la justicia, la paz o la alegría en el Espíritu Santo, sino la envidia y el deseo de venganza, el hambre de poder y de poseer, la sensualidad y la crueldad, la injusticia y la mentira. El reino de Dios es un misterio que se ve y no se ve, que el creyente ve y el incrédulo no ve (Mc. 4, 11 y sig.). Ciertamente que está en medio de los hombres, pero llega sin pompa externa y no es observado (Lc. 17, 20). Con él ocurre como con Cristo: "En medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis" (Jn/01/26); pero no siempre permanecerá lo mismo. "Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta" (Mt/13/33). No se ve nada de lo que ocurre cuando la mujer mete la levadura en la harina. Aparentemente sólo hay harina. Y así ocurre con el reino de Dios. Por regla general nada se ve de él y cuando se ve algo es sencillo e insignificante frente a las cosas de este mundo, tan insignificante que a los ojos de este mundo parece casi una cómica nadería. Es como una semilla de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas; también en esta parábola se insiste en la insignificancia de la figura en que existe el reino de Dios, en la desproporción entre lo que es propiamente el reino de Dios y será públicamente algún día, por una parte, y lo que ahora vemos, por otra.

El reino de Dios crece como la semilla en el campo, sin ser observado (Mc/04/26). También en esta parábola el punto de comparación hay que verlo en el ocultamiento de la fuerza y proceso de crecimiento, que no puede ser examinado por el hombre ni acelerado ni impedido. El reino de Dios existe primero sólo en signos, no en su gloria manifiesta. Pero en signos existe realmente. Signos de su irrupción son, como hemos visto, las expulsiones de demonios, las curaciones de enfermos, el perdón de los pecados y la resurrección de muertos. En tales signos se anuncia su presencia hasta el fin de la historia. A ellos pertenecen también los procesos configurados por Cristo y en los que Cristo mismo libera continuamente a los hombres del pecado y los llena de su vida: los Sacramentos. En ellos se hace visible para los ojos del creyente que no sólo impera el mal sobre los hombres, sino también Dios, su santidad y justicia. El signo supremo es el sacrificio eucarístico. Del mismo modo que Dios se reveló en la humillación de Cristo y en su muerte de Cruz, el reino de Dios se revela continuamente en la locura de la cruz, hasta que el Señor vuelva (Lc. 1, 29, 29). Esta ley del reino de Dios no sólo se cumple en la actualización de la muerte de Cristo en la Eucaristía, sino también en el dolor de los cristianos que representa la unión con Cristo oferente. En el dolor de los miembros se manifiesta el poder y la fuerza, la gloria de Cristo, su Cabeza (I Pet. 4, 12-14). Quien da testimonio de Cristo ante el mundo -para juicio de él- sufriendo y muriendo, revela con su testimonio la presencia de Dios. Revela el reino de Dios venciendo el poder de esta tierra. Cae bajo las piedras como el proto-mártir Esteban. Sus enemigos no ven más que su propio triunfo y la muerte del testigo de Cristo. Dios mismo imprime su sello sobre su ceguera y parece justificar su acción permitiendo la caída del testigo de la fe y poniendo con ello fin a su misión. Sin embargo, el mismo que cae siente su caída como victoria. Ve los cielos abiertos y a Cristo de pie a la derecha del Padre (Hch/07/56). Y quienes ven creyentes a Cristo en su figura, ven en su muerte cómo actúa el poder de Cristo.

Sin embargo, pasará el tiempo de los signos. El estado en que los pertenecientes al reino de Dios se encuentran en tierra extraña y en peregrinación, porque no están todavía en la patria, viven todavía lejos del Señor, y tienen que gloriarse todavía de la Cruz como sello de su pertenencia al reino de Dios, pasará sin duda. Ellos alargan los brazos esperando al que ha de venir (Col. 1, 22, Phil 3 20, Rom. 5, 20; I Pet. 4, 12-14). Entonces desaparecerán los signos y Dios dominará sobre todo el cosmos con gloria manifiesta. Este estado no es el final o la coronación de una paulatina cristianización del mundo, sino

que viene de repente y por sorpresa. No se puede calcular de antemano su llegada (/1Co/15/31), coincide con la vuelta de Cristo.

Entre la forma del reino de Dios valedera dentro de la historia humana y su forma post-histórica hay, por tanto, una interna e íntima relación y a la vez una profunda diferencia. La relación es tan grande que la Escritura resume ambas fases del reino de Dios en una visión perspectivista y las ve como el "tiempo último" (I Cor. 10, 11, Act. 2, 18, Hebr. 1, 2; I Pet. 1, 20; Iud. 8). Frente a ello la diferencia parece gradual y no esencial. Cristo hizo el cambio. Todo el tiempo que transcurre desde la Encarnación hasta el fin del mundo es "tiempo último". La forma revelada del reino de Dios es el último desarrollo de lo puesto en germen por Cristo en su vida y muerte, resurrección y ascensión. La relación entre las dos fases del reino de Dios es tan íntima como la que existe entre la semilla y la planta, entre la bellota y la encina, entre la crisálida y la mariposa. Nadie puede decir que de la bellota vaya a nacer una encina tan robusta. Nadie puede decir que de

la fea crisálida vaya a nacer una mariposa de tan preciosos colores. Y, sin embargo, de ellas proceden. Ambas fases están relacionadas como la aurora que destierra la noche y el día que anuncia y empieza (/Ap/02/28).

Sin embargo, también la diferencia es tan grande como la que hay entre la bellota y la encina, entre la crisálida y la mariposa. Según su aspecto externo, la fase comenzada con Cristo y que dura desde la Encarnación o Resurrección hasta el fin del mundo se parece más a la época precristiana que al esplendor posthistórico de la forma revelada del reino de Dios. Así se entiende que la Sagrada Escritura sólo llame nuevo eón a la fase posthistórica del reino de Dios (por ejemplo, Mc. 10, 30, Lc. 18, 30; 24, 34; Rom. 12, 2; I Cor. I, 2. 6. 20; 3, 18; II Cor. 4, 4; Eph. I, 21, Hebr. 6, 5; Gal. I, 4). Aunque las fuerzas del nuevo eón son ya regaladas ahora a los cristianos, aunque el ser del nuevo eón está ya presente invisiblemente, en el primer plano de la experiencia existe entre la fase precristiana de la historia y la época comenzada con Cristo una relación más estrecha que entre la fase histórica del reino de Dios y su grado posthistórico. Por eso en la Escritura todo el tiempo que transcurre hasta el fin del mundo es opuesto como eón de

la muerte al futuro eón. Para ello se sirve de una expresión que era usual en la apocalíptica judía. Sin embargo, la misma palabra tiene sentido esencialmente distinto.

La relación y diferencia entre las épocas histórica y posthistórica del reino de Dios es descrita con suma claridad y extensión en el Apocalipsis, de San Juan. En el capítulo XII, por ejemplo, el autor ve cómo Satanás es vencido y arrojado desde el cielo a la tierra. Todavía no está aniquilado. Rabia de ira por su derrota e intenta con todas sus fuerzas y con odio fanático causar desgracias, mientras le es permitido en el tiempo que le queda antes que sea del todo encadenado. Los cristianos se alegran de su caída. Aunque ven cuánto horror puede causar todavía, todos están llenos de alegría victoriosa: están seguros de la victoria final. Ha comenzado un nuevo eón. Se ha echado el fundamento de la época perfecta del reino de Dios. Todavía queda un largo y sangriento camino que recorrer hasta la figura perfecta de ese reino. Es tanto más amargo y difícil, cuanto que a menudo parece que Dios no fuera el Señor de la historia. Pero los que pertenecen a Cristo no se perderán, pues en Cristo ha salido para ellos la aurora que anuncia el día que no tendrá puesta de sol (Apoc. 2, 28; 22, 16, II Pet. I, 19; Lc. I, 17; Angelus Silesius: Morgenstern der finsternen Nacht). Todos los tormentos son los gemidos del parto del eón futuro.

SCHMAUSTEOLOGIA DOGMATICA VII

LOS NOVISIMOS